5 · i23621345

EL AMIGO ATOLONDRADO.

COMEDIA ORIGINAL

EN 4 ACTOS.

Por Doña Ana María Feysola y Espinosa



SEVILLA.

IMPRENTA DEL DIARIO DE COMERCIO, PLAZA DEL REY.

MARZO DE 1832.

A la Señora

DOÑA MARÍA DE LA CANDELARIA

RODRIGUEZ Y RUIZ.

Muy Señora mia y amiga: presentar á vd. esta produccion de mi limitado ingenio no puede causarle gran sorpresa, porque si ella existe ¿á quién lo debe? Responda vd. con franqueza.

Mis ocupaciones, y algunos disgustos que son inseparables de ellas, habian apagado de tal modo en mi mente los fuegos de Talía, que, conociéndome imposibilitada de volver á encenderlos, colgué mi lira

cuando apenas habia empezado á pulsarla.

Una feliz casualidad me hizo conocer á vd., y las preciosas cualidades de que se halla adornada; estas, y lo que es mas una dulce simpatía, me hicieron desear su amistad, de modo que por obtenerla no perdoné ninguno de aquellos medios sencillos de que suelen valerse las almas sensibles cuando desean una correspondencia á sus afectos; y como la poesía es tan á propósito para manifestarlos, volví á invocar mi musa, ó por mejor decir, vd. se transformó en mi imaginacion en una segunda musa mu-

cho mas dulce é inspiradora que la primera. Canté muchas veces el nombre de vd. bajo los supuestos poéticos y encontraba una agradable recompensa en la satisfaccion con que los leía; vd. me animaba á cultivar mi aficion, y complaciéndola se aumentaba esta: luego á vd. debe la luz el Amigo Atolondrado, *y su autora el gusto de presentárselo como una prueba de su verdadera amistad. Es cuanto puede decirle su servidora y amiga*

Ana María Feysola y Espinosa.

ACTORES.

D. MANUEL, jóven atolondrado.
D. TOMAS, teniente.
D. ANTONIO, abogado.
DOÑA JUANITA.
DOÑA ANSELMA.
DOÑA LUISA.
EMILIA, niña de 9 años.
PEDRO, criado.
PETRA, criada.

La escena es en Sevilla en casa de doña Anselma: el acto primero en el gabinete de Don Manuel.

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

D. TOMAS Y D. MANUEL.

D. Tomas. Si, mi buen amigo, hoy vengo,
quizá por la vez postrera,
á ver á tu prima hermosa;
y supuesto que mi estrella,
ó el destino, me conduce
á adorarla, no lo advierta,
no turbe yo su reposo
y sufra solo la pena.
¡Ay! en medio del delirio
á que esta pasion me entrega,
el solo placer, el solo
que á mi desdicha le resta
es el no haber perturbado
su tranquilidad. Muriera
desesperado, mi amigo,
si por descuido, imprudencia
ú otra causa, un leve instante
Juanita por mí sufriera.
D. Manuel. Cuanto me dices me admira;
pero ¿es posible pudieras
haber callado dos años,
viniendo con tal frecuencia
á visitar esta casa,
y cuando te aman en ella
que casi de la familia

te puedes nombrar? ¿Te acuerdas
que el dia que el regimiento
donde sirves llegó á esta
ciudad, te busqué anheloso
y tuve la dicha cierta
de encontrarte tan amigo,
tan fino, de tan sincera
voluntad, cual en un tiempo
allá en nuestra edad primera
nos distinguió en el colegio
la amistad mas verdadera?
Te traje á casa; á mis primas
y á su madre Doña Anselma
te presento, te reciben,
como era debido, atentas;
que te brindan con la casa
y que tú sigues perpetua
visita como es muy justo,
mas creo que no molesta,
porque mis primas te estiman
y su madre te es afecta.
Ya se vé, á muy pocos meses
de tu venida á esta tierra,
quiso el diantre que un viaje
tan dilatado emprendiera
por negocios de familia
que duró año y medio; en esta
ausencia de mis pecados
cosas raras, estupendas,
habrán pasado sin duda,
que no sé por qué reservas
á tu amigo, y en tus cartas
me has tratado con cautela:
pues siendo tan repetidas

nada descubrí por ellas.
Luego es decir, Tomasito,
que porque la suerte hiciera
ser yo primo de tu amada
hoy mi amistad se desprecia.

D. Tomas. Calla, Manuel, si no quieres
aumentar con tus rarezas
el pesar que me devora:
siempre tu génio conservas.

D. Manuel. Pues si es verdad; se engañaron
al fijarte en la carrera;
para militar te falta
un poco de mi cabeza:
menos timidez, amigo,
¿no te mueres de vergüenza?
Amas á una dama ¿y pides
una maldita licencia
á tu coronel, tan solo
por ausentarte y no verla?
¡Gentil manera de amar!
¿Es mi prima alguna fiera?
¿está ya comprometida
con otro? ¿por qué no llegas?
¿es delito amar? Responde.

D. Tomas. Amigo, si te interesa
mi tranquilidad, tus chanzas
ó tus sátiras, (dispensa
esta espresion) no se mezclen
con tus consuelos: mi pena
es terrible, yo la sufro
y á nadie á sufrir condena.

D. Manuel. Pues habla con confianza
y nunca me hagas la ofensa
de dudar que la amistad

entre á par de mis rarezas,
cual tú dices. Si secreto
exijes, no es la primera
ocasion en que los guardo.
¿Te acuerdas, Tomas, te acuerdas
que enmedio de mis locuras,
pues rayaba en calavera,
algunas veces dijistes
que mil cualidades buenas
de otros me distinguian,
y preferias sin reserva
mi amistad á toda otra,
y en fin, que el único era
á quien por tanto elejias
para amigo? ¿no te acuerdas?

D. Tomas. Es verdad, pero los años.....

D. Manuel. Te han dado mas esperiencia,
¿no es verdad? No me crees digno
de tu confianza.

D. Tomas. Cesa
por Dios, Manuel, no me apures,
escúchalo todo, empieza
á conocer cuanto paso
y el destino que me espera.
Despues que partiste, amigo,
(no sé si fue una imprudencia,)
una noche que se hablaba
de diferentes materias
en la tertulia, tu prima
mostró cuanto la interesan
las bellas artes, y aun dijo
gustaría muy de veras
cultivar algo el dibujo.
Ya sabes tú que en la escuela

sobresalí en este ramo,
y asi la hice la oferta
de servirla de maestro.
¡Oh! nunca tal ofreciera!
Ya se ve, todos los dias
era forzoso viniera
á dar la leccion: el trato,
la proporcion que presenta
un tiempo tan dilatado,
y en fin, la mucha frecuencia,
me dieron á conocer
un sin número de prendas
que solo tu amable prima
pudo rëunir, que en ella,
querido Manuel, te juro
que siendo en estremo bella
es lo menos para amarla,
pues en todo es tan perfecta
que no hay cualidad preciosa
que Juanita no posea.
Sus talentos, su finura,
una educacion completa,
sus virtudes ¡ay amigo!
y su preciosa modestia
son para mi triste pecho
las mas agudas saetas
que le hieren; porque, dime,
(usemos ya de franqueza,)
¿puedo pretenderla yo
cuando la suerte se muestra
conmigo tan rigurosa?
Tú conoces mis riquezas,
esta espada, ó mejor dicho,
esta triste charretera

es todo cuanto poseo.
Juanita es rica, y pudiera
creer que el interes solo
el giro de mi amor era:
ademas su amable madre
nunca en ello consintiera;
una vida errante, acaso
sin comodidad ¿pudiera
convenir á quien es digna
de una suerte lisongera?
No amigo, el mejor partido
fue pretender la licencia:
mañana me marcho á Cádiz
y puede ser que la ausencia
calme un poco los tormentos
que me devoran; espera
mi amistad que nunca salgan
de tu pecho estas finezas
que por tales las reputo.
(Emilia escuchando.)

D. Manuel. ¿Con que al fin nada te resta
que determinar? ¿te marchas?

D. Tomas. Mañana mismo.

ESCENA II.

DICHOS Y EMILIA.

Emilia. ¿De veras?
con que te vas, Tomasito?
¿porqué causa? ¡Ay! será fuerza
que el regimiento se marche,
y por eso tú... ¿no piensas
cuanto lo sentirá Emilia

y Juanita? ¿no pudieras
quedarte tú? ¿no respondes?

D. Tomas. ¡Amores! No,. no! pudiera.

Emilia. ¿Pero se vá el regimiento?
responde por Dios; si fuera
posible yo le hablaría
á tu coronel: ¡me muestra
tal cariño en el paseo
cuando le encuentro!... La nena
preciosa me dice siempre,
y si tú lo permitieras.....

D. Tomas. No, mi bien, yo parto solo;
el regimiento se queda.

Emilia. ¡Bueno, con que por tu gusto!
¿con que te vas y nos dejas?
No nos amas, no, y Juanita
que se pone tan contenta
cuando viene su maestro!...
Vaya, que no lo creyera.

D. Tomas. Escucha Emilia, tu hermosa
hermana está muy impuesta;
dibuja mejor que yo
y asi nada la interesa
mi partida.

Emilia. Te equivocas.
todos en casa te aprecian....
y mamá.... vaya, te ama
tanto como á mí; ¡si oyeras
tú lo que dicen las dos!
,,Este jóven me embelesa:
,,es tan modesto, tan guapo,
,,tiene tan linda presencia
,,tanto talento." Sin duda
que van á sentir de veras

tu partida: pero, dime,
¿cuál será la causa de ella?

D. Tomas. Yo no estoy muy bueno, Emilia,
padezco de la cabeza,
y el facultativo dice
que debo mudar de tierra;
que las orillas del mar
tienen no se qué influencia
con ciertas enfermedades...
y qué se yo qué otras jergas
que fuera necio en decirte.

D. Manuel. Mucho la chiquilla aprieta. *(A*

Emilia. ¡Tonterias! tú no sabes *D. Tom.)*
cuanto mienten; sus recetas,
sus consejos son; no hay duda,
disparates y quimeras.
¿Te acuerdas cuando yo estuve
tan malita? pues se empeñan
entonces en que á Alcalá
me lleven: ya estaba puesta
la berlina: no sé cómo
se siente mamá indispuesta
y se detiene el viaje:
pues bien, no pasan apenas
cinco dias, sin que Emilia
por esta casa corriera
que parecia una loca.
¡Vaya, pues estaba buena!
lo mismo será contigo:
no vayas tan pronto, espera
siquiera unos dias. ¿Sí?

D. Tomas. Las cosas estan dispuestas
de modo, querida Emilia,
que mañana es fuerza sea.

Emilia. Anda con Dios; pero al menos
¿nos escribirás? ¿te dejas
el equipage en Sevilla?
D. Tomas. No, mi Emilia, que esta ausencia
durará nueve ó diez meses.
Emilia. O tal vez que sea eterna:
porque si en ese intervalo
parte el regimiento....
D. Tomas. Pena
me causas, amada mia,
y cree probarte quisiera
cuanto tu inocente afan
hoy á mi alma interesa.
Emilia. ¿Acabaste tu retrato?
D. Tomas. Ayer, mi bien.
Emilia. Si no fuera
por que mamá me riñese,
pues tú hacer otro pudieras....
seguro: si no temiese....
D. Tomas. ¿Querias que te le diera?
Emilia. Sí, pero si han de reñirme....
D. Tomas. No, querida, no lo creas;
mamá sabe que te amo,
que tú me quieres de veras
y esto será una memoria:
¿no es asi, Manuel?
D. Manuel. La idea
no es muy mala, amigo mio,
que al fin en casa se queda.
D. Tomas. Pero yo no lo inventara
y si acaso presumiera....
mas si yo parto mañana
todo satisfecho queda.
Toma, Emilia, mi retrato:

cuando mamá te le vea
dila: Tomas me le ha dado,
Tomas que deja esta tierra;
pero que amará esta casa
hasta la muerte.

Emilia. Paciencia:
porque tú te has empeñado
en que suframos: si es fuerza,
parte, Tomas; pero escribe:
¿ lo haras?

D. Tomas. ¿Tan ingrato fuera
que olvidara tu amiguito
lo mucho que te interesas
por él? ¡ Ah ! no, amada mia,
tu memoria será eterna
en el pecho de tu amigo.

D. Manuel. ¡Vive Dios que da vergüenza!
¡Pues no va á llorar el necio
como una niña de escuela!

Emilia. ¡Qué lindo está! No habrá dia
sin que mil veces le vea;
se le enseñaré á Juanita
y á mi mamá; y si no fuera
por que no se me perdiese,
en el bolso le tragera;
pero ¡ay! no me acordaba,
yo le pondré una cadena
y le llevaré en el pecho
hasta el dia que tú vuelvas.

D. Manuel. Si no les corto los vuelos
tienen para el dia tela.
Emilia, dile á Perico
que el almuerzo me prevenga
y que Tomas me acompaña;

dos cubiertos, ¿estas, nena?
E*milia*. Voy volando. A Dios, amigos,
hasta luego ¿sí?
D. Manuel. ¡Qué pelma!
E*milia*. No me respondes, Tomas?
D. Tomas. Sí, amada mia, no temas
que yo marche sin que antes
te dé un abrazo: no, prenda.
E*milia*. Pues á Dios.
D. Tomas. A Dios querida.

ESCENA III.

Dichos *menos* Emilia.

D. Manuel. No serás tú mala pesca,
diablo de niña; y tú, mandria,
quizá si con Juana fuera,
no tan tierno te mostraras;
pero corre de mi cuenta....
D. *Tomas*. ¿Qué vas á decir, Manuel?
D. *Manuel*. Nada en sustancia que pueda
incomodar ni oponerse
al secreto que me ordenas:
mas ello es fuerza aclarar
si Juanita queda exenta
del chispazo de Cupido.
Y si á tí solo sus flechas
hirieron, marcharte debes;
mas si mi prima no es necia
y conoce lo que vales,
no te iras tú, que la buena
de su mamá solo aspira
á que Juana felíz sea

y á mí su suerte igualmente
que la tuya me interesa.

D. Tomas. Pues siendo asi, no es posible
que tú apruebes ¡triste idea!
un amor cuyas ventajas...

D. Manuel. Tomas, necedades deja:
lo repito; Juana es rica,
si tú te casas con ella,
pides tu retiro y vives
feliz y tranquilo en esta
ciudad con una familia
que asi que la pertenezcas...

D. Tomas. ¿Y seria yo tan vil
que la hiciera la propuesta?
Amigo, no me conoces:
jamas mi delicadeza
sufrió tanto: tus razones
mis sufrimientos aumentan.
No me ama Juana, lo sé;
pero dado que esto fuera,
responde, Manuel, ¿quedaba
en el público bien puesta
mi opinion? Unos dirian
(quizá tu tia la primera):
seduccion ha sido solo
por ser tan rica heredera
y hacer su suerte ha querido
por este medio.

D. Manuel. ¡Qué necia
objecion! ¿Será el primero...

D. Tomas. Que casa por conveniencia
vas á decir; pues no acabes
porque no te lo sufriera.
¡Yo el nombre de seductor

ó al menos las apariencia.
tolerára? Antes las muerte.
Nunca, Manuel, presumiera
que olvidaras los principios
y las máximas severas
que seguí desde la infancia
y gravadas se conservan
en mi pecho. ¡Oh dulce madre!
tu virtud y tu esperiencia
fueron los dignos modelos
que presentaste á mi idea
cuando mi alma formabas:
siempre seguiré las huellas
que me indicaste: la suerte
nunca al que persigue afrenta.
pero es muy fácil creer
que una seduccion grosera...

ESCENA IV.

Dichos *y* Perico.

Perico. Señores, el desayuno
está ya sobre la mesa:
¿consultas tan de mañana?
No será mucho que vengan
á parar en casamiento.
!El oficialito! buena
junta con el otro niño!
D. Manuel. ¿Qué estás rezando, babieca?
Siempre parece que estas
de mal humor.
Perico. Tú de fiesta.
Pero ya se vé, eres jóven;

quizá cuando viejo seas....
¿pero á qué vienen palabras?

D. Manuel. ¿Conoces esta botella?

Perico. ¡Caramba! ¿todavia dura?
Esa es aquella canela
que ayer te traje.

D. Maunel. Es verdad:
me ayudarás á beberla.
(D. Manuel echa un vaso.)
Vamos, que esto es delicioso
antes de almorzar: ¿qué piensas?

D. Tomas. Que tú sabes bien, Manuel,
que yo no gasto.

D. Manuel. Canela
mas rica no se ha bebido
en ningun café ó taberna;
pero tú eres muy dengoso.
Perico, vamos ¿se cuela?

Perico. Amigo, esto es de lo fino:
mas la copa es tan pequeña
que casi no tomo el gusto,
y ademas no estaba llena;
echa otro poco, caramba,
no gastes tanta miseria.

D. Manuel. Pues señor, vaya otro poco
y viniere lo que venga;
porque si el ama conoce
que te se vá la cabeza
y dices que yo la culpa
he tenido de esta fiesta,
no habrá remedio, Perico,
tengo sermon de hora y media.

Perico. ¿Y qué nos importa el ama?
Mas la temo yo á la Petra

que á tu tia ni á tus primas
ni á toda tu parentela.
¿Me engañaré yo, Señores?
El Tomasito me seca;
nada, no hablará palabra.
Pues, si señor, esta Petra
es el coquito de Juana.

D. Tomas. ¿De la Señorita?

Perico. Ea,
ya habla mi hombre. ¡Canario!
qué eficaz es la receta!
Si señor, ella es aquello
que se llama confidenta;
pues, confidenta: ¿está vd.?
Que es decir, para que entienda,
que á ella han de dirigirse
los que pretensiones tengan.
¿Las tiene vd., señor mio?

D. Tomas. ¿Yo, sobre qué?

Perico. No es maleja
la pregunta; pero al caso.
Yo temo á esta rapazuela
porque la quiero un poquito,
y si ella lo agradeciera,
es decir, que aunque soy viejo....
Vaya, otra gotilla venga:
¡qué bueno está! Que aunque viejo
y aunque las niñas rieran
y su madre murmurara,
si Petrilla me quisiera,
me casaba y santas pascuas
y que la muerte se muera.

D. Manuel. ¿Estas borracho Perico?

Perico. Sí, con tu linda botella.

Miren el tonto: creerá
que me ha dado gran cosecha:
mejor era que otra copa
me brindaras y que fueras
al comedor, que estará
rabiando la cocinera
que se le enfrian los platos
y se cuaja la manteca.

D. Manuel. Vamos; mas oye. ¿No sabes
la malditísima nueva
de la marcha de Tomas?

Perico. Pues á mí ¿qué me interesa?
¿Pero cuando se nos marcha?

D. Manuel. Mañana mismo.

Perico. De priesa
estará sin duda alguna:
¿y lo saben nuestras hembras?

D. Manuel. Aun no les ha dicho nada.

Perico. Pues hoy será dia de fiesta.

D. Manuel. ¿Porqué?

Perico. Porque habrá pujitos:
quién sabe si pataletas.
Escuche vd., señor mio,
¿cuando vuelve vd. á esta tierra?

D. Tomas. Nunca.

Perico. Pues plaza vacante:
otra pregunta quisiera
hacer á vd., caballero.

D. Tomas. Pues breve, que estoy de priesa.

Perico. ¿Escribirá vd., ó nó?
bien breve está: la respuesta.

D. Tomas. Y á vd. ¿qué puede importarle?

Perico. Vd. de poco se altera;
escuche vd. mis razones:

mi señorita es soltera,
yo no sé si tiene novio,
y estoy con gran impaciencia
por saber quién será un dia
otro amo ó berengena
á quien tengo que servir
como ayer me dijo Petra.

D. Tomas. ¿Qué dijo á vd? ¿no responde?

Perico. Y esto á vd. ¿qué le interesa?
Tambien me pongo yo grave,
señor de la charretera:
apuesto á que la daria
por saber mi conferencia
con la Petrilla: ya he dicho
que es ella la confidenta,
y que yo la quiero un poco:
con que ajuste vd. la cuenta.

D. Manuel. Pues, hombre, bebe otro poco
y dime algo de esa fiesta:
conque decia tu amiga....

Perico. Que Juanita está dispuesta
á casarse muy á gusto
de su madre Doña Anselma.

D. Manuel. ¿Mas no te dijo con quién?
acaso no....

Perico. No me muelas;
ya soy perro viejo yo,
y no me engañan tus tretas:
¿tú ignorarás lo que todos
saben en casa?

D. Manuel. De veras
te digo que no lo sé.

Perico. Pues yo tampoco; paciencia:
no he podido sacar nada:

mas aqui viene la Petra.

ESCENA V.

Dichos y Petra.

Petra. Buena está, señor Perico,
la cachaza: ¡qué imprudencia!
hacer rabiar de este modo
á la pobre cocinera;
á mí, á Simon y á otros
que la conclusion esperan
del diantre de los almuerzos;
por que al fin la hora llega
en que tambien los criados
conocen que su materia
es igual á la de todos,
y que el hambre les molesta
lo mismito que á sus amos:
que no son hechos de cera:
que es necesario comer,
y en fin que es cosa muy cierta
lo que mi madre decia
cuando estaba yo en mi tierra.
nada somos en el mundo
sino lo que dentro entra:
y por su causa en el dia
no me ha entrado ni una almendra.
Perico. ¿Por mi causa? ¿estas soñando?
Petra. No sueño, que estoy despierta:
luego puede vd. venir
con todas esas arengas
de „Petrita, yo te amo,"
y otras cuantas cantinelas

que yo escucho, como dice
mi prima con gran frecuencia,
como quien oye llover
se ha de oir al que requiebra;
pues no acaban de decir
todas esas frioleras,
cuando (y es cosa segura)
ellos mismos no se acuerdan.
Y vd., señorr oficial,
pase luego á la otra pieza,
porque creo que mis amas
le esperan con impaciencia:
ya se vé, la pobre Emilia
iba llorando: se empeñan
en saber cual es la causa,
y no la declara apenas,
cuando ya toda la casa
su sentimiento demuestra.
Vayan vds., almuerzen,
y luego tengan paciencia,
que á preguntas, por lo menos,
le han de moler.

Perico. Y lo acierta,
porque ya les tengo dicho,
el destino que profesa.

Petra. ¿Qué destino tengo yo?

Perico. ¡Pardiez! El de camarera.

Petra. Vayan vds., señores,
mientras el cuarto se arregla.

D. Manuel. Vamos: cuidado, Perico,
no concluyas la botella:
ven, Tomas.

D. Tomas. ¡Cruel destino!
ya tu complemento llega.

Perico. Petra, la verdad, este hombre
¿qué te parece? ¿qué piensas?
Petra. ¿Qué he de pensar, mentecato?
Que es hombre de lindas prendas.
Perico. Y qué, ¿le ama la Juanita?
Petra. No oí pregunta mas necia.
Le ama Juanita, su madre,
la niña Emilia, la Petra,
D. Manuel, y en fin, en casa
todo aquel que juicio tenga;
pues qué, ¿serán como vd.
que no sé por qué profesa
á todos desconfianza?
Perico. Oye, concluye tu arenga.
Vamos á otra cosa, amiga,
¿quién te hà puesto en la cabeza
el que yo no quiero á nadie,
cuando tus ojos me queman,
tus palabras me alucinan
y tus rigores me dejan
mas abatido y enfermo
que una grande borrachera?
Mas tú siempre tan esquiva,
no me permites siquiera
el esperar que algun dia
esa terquedad se venza.
Vaya, ¿conque serás mia?
Petra. Pues qué, ¿soy yo alguna vieja?
Despache vd., buena alhaja,
no gaste tanta paciencia,
que hay mucho que hacer adentro.
Ponga en orden esta pieza
mientras que yo paso á esotra,
donde mil cosas me esperan;

y cuidado no se olvide
de aquel refran, *cada oveja....*

ESCENA VI.

PERICO *solo.*

Perico. Malditos tus refranetes
y todas tus cantinelas:
mas no importa, picarona;
porque si tú me desprecias,
sabrán vengarme muy pronto
los restos de esta botella *(la toma.)*
y otras muchas, que en habiendo
pecunia todo se arregla:
y yo, ¿qué pierdo en perderte?
¿quizá males de cabeza?
(Bebe con la misma botella.)

———o❦o———

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

JUANA *sola.*

Juana. ¡Pobre Tomas! No es posible
que deje de haber misterio
en su partida. ¡Dios mio!
¡qué cruel desasosiego!
Tranquilizarme procuro
y absolutamente puedo:
nada me divierte; libros,
labores, dibujos. ¡Cielos!
una especie de temor
me rodea; nada veo
que lo cause, y sin embargo
á pesar mio, lo siento.
¿Si esto será?... ¡idea horrible
¡triste de mí, qué recuerdos
ofuscan mi fantasía!
Tomas no es felíz; y el serlo
¿en qué puede consistir?
¡Necia de mí! yo me pierdo,
me alucino. Sus suspiros
¿serán de su mal efecto?
y este mal ¿qué podrá ser?
¿será tal vez descontento
de su suerte?

ESCENA II.

JUANA *y* MANUEL.

D. Manuel. Buenos dias.
Juana. Lógralos, primo, muy buenos.
D. Manuel. ¿Tan solita?
Juana. Tú no ignoras
que es la soledad el centro
de placeres delicados,
donde encuentra su recreo
un alma sensible.
D. Manuel. Amiga,
podrá ser, mas no lo creo.
Si me quitaran á mí
salir, entrar, el paseo,
el teatro, los amigos,
el café, decir requiebros
á las muchachas, reirme,
ir á bailes y festejos,
era, sin duda, matarme;
y la verdad te confieso,
toda esa filosofía
que decantan majaderos,
son palabrotas no mas
sin tener nada de cierto:
hagamos comparaciones:
yo siempre me estoy riendo,
me muestro alegre, festivo,
hago vervivo contento;
y tú y otros retirados
teneis que hacer un esfuerzo,
para una leve sonrisa,

y parece estais diciendo
,,nacimos para sufrir.‘‘
¿Y esto es gozar? No por cierto,
Alma sensible.... es verdad;
unas son mas, otras menos:
mas yo no soy insensible;
todo lo contrario pienso
en medio de mi alegría:
cuando sufren los que quiero,
tambien sufro; y de tal modo....
Mas, ¿para qué estos rodeos?
desde que dijo Tomas
que marchaba, no me encuentro
en el humor que solia:
estos malditos de pleitos
me consumen; pues te juro
que si no fuera por ellos,
sombra de Tomas seria:
apenas su regimiento
vino, los pleitos del diablo
me hacen marchar; aun no llego,
cuando emprende este viage
que yo comprender no puedo,
y los pleitos condenados
en Sevilla prisionero
me tendrán, qué sé yo cuánto.
Si no interesaran ellos,
mas que á mí los dejaría
segun me consumen, pero....

Juana. ¡Válgate Dios, por Tomas!
todos aman en efecto
este jóven; pero tú
casi rayas en exeso:
¿conque querias dejarnos?

¿es la amistad mas que el deudo
cuando á esta se reune?

D. Manuel. Tienes razon; soy un necio,
primas amadas; vosotras
mereceis todo mi afecto;
pero escucha: este Tomas
es un amigo tan tierno,
tan amable, que quisiera
siempre á mi lado tenerlo;
ya se vé, las solteritas
parece que tienen miedo
de confesar que en un hombre
ven un mérito completo;
y aunque tú conocerás
lo que vale tu maestro....

Juana. No, Manuel, no soy capaz
de desmentir lo que pienso.
D. Tomas es para mí
de tanta estima y aprecio
como merece: dos años
hace que le conocemos
sin dejar de verle un dia,
y en todo este largo tiempo
solo descubrir pudimos
sus virtudes, su talento
su finura, en fin, Manuel,
de su carácter lo bello;
y si he de hablar con franqueza,
sin que te agravies por esto,
tu corazon es hermoso:
mas no sé cómo tu genio
puede avenirse un instante
con el de tu compañero:
tú lo dices; yo no hago

mas que repetir tu eco;
la seriedad te consume
y Tomas es algo serio.

D. Manuel. Verdad es, prima querida,
ya habia pensado en eso
alguna vez; y aun he dicho
que solo en tí, se halla el mesmo
espíritu filosófico;
y que iguales os advierto;
pero sea como fuere
como á un hermano le quiero.
Sí, señor; mi amigo y prima
son uno de otro un modelo;
y si no fuera por que...
Maldito sea el secreto!

Juana. ¿Qué vas á decir, Manuel?

D. Manuel. Que si yo pudiera hacerlo
con ninguno te casaba
sino con él; aunque creo
que tú no has hecho eleccion:
¿me equivoco? ¿será cierto?

Jrana. Ya otras veces te lo he dicho;
yo de mi madre dependo.

D. Manuel. Es verdad; mas sin embargo:
una jóven de talento
puede muy bien elegir,
sin que le falte al respeto
á sus mayores, un hombre
que reuna á un mismo tiempo
el honor y las virtudes
que para un buen casamiento
buscan todas las familias,
ó la mayor parte al menos.
Sin embargo; yo presumo

que Don Antonio.... En efecto;
el abogadito es hombre
de grandes conocimientos;
es jóven, rico, instruido;
su físico no es malejo;
y sin una presuncion,
que en sus modales advierto,
no dudaría en decir
que era un jóven muy completo.
Pues, si señor; me parece
que este letrado es el yerno
que mi tia se ha elegido:
esto es lo que yo sospecho.
Juana. Pero, ¿de qué lo deduces?
D. Manuel. Yo no lo sé; pero veo
ciertas señales.... En fin,
puede que lo diga el tiempo.
Juana. Mamá, (bastante lo sabes)
no es capaz de proponerlo,
dado que él lo deseara
como mandato.
D. *Manuel.* Lo creo
que su prudencia conoce
que en esto de casamientos,
aquel que cree saber mas
suele ser quien sabe menos.
Pero volviendo á Tomas,
él se obstina en su silencio;
mas por mucho que lo niege,
su mal está descubriendo
el alma; no hay que dudarlo:
él lo calla, y padeciendo
se ausenta, y quizá.... ¿quién sabe?
podrá costarle el esfuerzo

de esta partida....

Juana. ¡Dios mio! *(Ap.)*
si él sigue, yo me estremezco:
pronto llegará á entender
lo que aun de mí ocultar quiero.

D. Manuel. ¡Desgraciado! No es posible
que yo tu desgracia viendo
no haga por dulcificarla.

Juana. Pues tú la conoces.... ¡Cielos!
No puedo mas: si supiera
que él me amaba....

D. Manuel. No por cierto:
pero la sospecho, Juana:
maldito sea el secreto; *(Ap.)*
ó esta muger no le ama
ó muy pronto he de saberlo.
Pues señor, voy á apuntar
con el unto de los zelos;
que si á esto se resiste
es su corazon de yelo.
¿Hace mucho que Luisa
no viene acá?

Juana. Lo menos
quince dias.

D. Manuel. ¿Y á la suya
no has ido tú un dia de estos?

Juana. El miércoles estuvimos.

D. Manuel. ¿No dijo nada de nuevo?

Juana. Nada, Manuel; de sus libros,
su música, sus conciertos,
sus bailes y otras frioleras
se habló solo.

D. Manuel. Lo comprehendo;
por mas amigas que sean

el amor todo es misterio;
sin embargo; ¿no advertiste
la solicitud y anhelo
de Tomas, la última noche
que en la tertulia se vieron?
¡Cómo quiso acompañarlas!
La madre notó el empeño,
y por eso porfiaba....
¿no te acuerdas?

Juana. ¡Santos cielos! *(Ap.)*
¿el amante de Luisa
es D. Tomas?.... ¿será cierto?

D. Manuel. Parece que no la gusta: (*Id.*)
algo se vá descubriendo.
Pues señor, despues habrá
para salir del enredo
camino. Pues como digo:
yo nada sé aun de cierto;
pero Luisa es muy rica,
Tomas es pobre en estremo;
la ama, conoce el triste
que esto no tiene remedio;
pues aunque ella le quisiera,
su madre, todos sus deudos
se han de oponer: se retira
á Cádiz por algun tiempo,
¿y quién sabe si entre tanto....
Ya vá la color perdiendo: (*Ap.*)
¿qué tienes?

Juana. Nada: prosigue.

D. Manuel. Bendito sea el ingenio....

=o=

ESCENA III.

Dichos *y* Doña Anselma.

Doña Anselma. ¡Calavera! ¿qué estarás
inventando? Ya te entiendo;
disponiendo alguna fiesta:
desde que vinistes, creo
que no ha pasado domingo
sin sarao ó sin concierto:
mis hijas que no pensaban
en los tales pasatiempos....
ya se vé, como muchachas
condescienden; y aunque en esto
no veo que en nada pueda
censurar la gente, pienso
que siendo tan repetidos,
puede llamar por lo menos
la atencion, y á mí culparme
de complaciente en estremo.

D. Manuel ¿Y en esto, querida tia,
pierde vd. algo?

Doña Anselma. Sí, pierdo;
que no faltará quien diga
que viuda y anciana, debo
cuidar solo de mis hijas,
su educacion, del aumento
de sus bienes, y otras cosas
que no van fuera de tiempo.

D. Manuel. Vamos, no gaste vd. chanzas:
¡anciana! ni mas, ni menos:
¡qué disparate! ¿Conque
todavía estoy creyendo

que me ha de dar vd. tio,
y padre á mis primas?

Doña Anselma. ¡Bueno!
Cabeza mas dislocada
no es posible hallar: te ruego
nos dejes un solo instante.

D. Manuel. ¡Lindo! ¿Trae vd. misterios?
Pues mire vd., no imagine
que estaba yo de ello ageno,
y por mas que disimule
bien claro se está advirtiendo:
el tal D. Antonio, prima,
¿no te lo estaba diciendo?

Doña Anselma. Muchacho mas atronado...
Vete afuera.

D. Manuel. Voy corriendo;
pero si no es de tu gusto
el abogado....

Doña Anselma. ¡Qué empeño!
Despáchate, atolondrado,
que ahora no se trata de eso.

D. Man. ¡Vive Dios! si lo habrá errado (*Ap.*)
mi desmesurado zelo?
¿Si lo habré echado á perder?
Mal haya amen su secreto.

ESCENA IV.

DOÑA ANSELMA *y* JUANA.

Da. Anselma. ¡Qué muchacho! no se ha visto
genio mas vivo y travieso,
y sobre todo, hija mia,
¡qué penetracion! No puedo

menos de reir, al ver
que con todos sus secretos,
ha conocido tu primo
de Don Antonio el deseo:
él te pide para esposa;
mas como yo no pretendo
sino que vivas contenta,
solo he dicho lo que debo.
,,Si consiente, vuestra es;
,,si no, desistid os ruego:
,,soy su madre, soy su amiga;
,,mucho vale mi consejo;
,,pero mandato en amor
,,es cosa que yo no apruebo."
Ahora, bien, hija querida,
piénsalo tú; yo no quiero
sino tu dicha; no obstante,
el partido es lisongero.
Don Antonio, es, bien lo sabes,
un jóven de gran talento;
buena carrera, muy rico,
bella figura: mas esto
no es nada si no te gusta.
¿Qué me respondes? ¿tenemos
alguna objecion? Pues dila.

Juana. Yo, madre mia, no tengo
mas gusto que el de vd.

Doña Anselma. Niña,
á mí no me agrada eso;
yo no soy la que me caso;
tú eres la que vas á hacerlo;
el partido te conviene,
mas yo no sé si el sugeto.

Juana. ¡Cuánto sufro, cielo santo! (*Ap.*)

¿Mas por qué? Cuando no tengo
ya duda de que Luisa
es dueña de sus afectos?
Porque si él me hubiese amado
no era posible el secreto.

Doña Anselma. ¿Conque no respondes, hija?

Juana. ¿Pero esto ha de ser tan presto?

Da. Anselma. Escucha, Juana, él pretende:
sin duda tiene deseo
de saber el resultado
de la pretension; mas esto
no te haga precipitar
tu decision; nada de eso:
reflexiónalo, hija mia,
y si (lo que yo no creo)
has elegido tú otro,
no me hagas ningun misterio
de un sentimiento que puede
ocultado ser funesto;
pues suponiende que sea....

Juana. Mamá, por piedad le ruego
á vd., que no continúe,
que me dá vd. sentimiento:
sé su bondad, la conozco;
y si cometiera el yerro
de amar, sin haber tomado
de su prudencia el consejo,
lo sé tambien, hállaria
mi perdon; pero no puedo
dejar de pedir, permita
que antes de esplicarme, al menos
pase este dia.

Da. Anselma. Y aun otros;
que es menester mucho tiento

para una eleccion que debe
decidir (no olvides esto)
del destino de tu vida
y aun de la mia.

Juana. ¡Qué bello
lenguage! ¡Madre adorada!
No olvidaré lo que debo
á vd. jamas. ¡Si supiera (*Ap.*)
lo que paso! Mas no quiero
hacerla sufrir. ¡Dios mio,
qué combates tan violentos!

ESCENA V.

DICHAS *y* PETRA.

Petra. Señoras, D. Antoñito
pide permiso.

Juana. Lo siento.

Da. Anselma. No te violentes; que venga:
nada que decirte tengo.

Juana. Entiendo á vd., madre mia.

ESENA VI.

DICHOS *y* D. ANTONIO.

D. *Antonio.* Señoras, los pies les beso.

Da. *Anselma.* Sea vd. muy bien venido.

Juana. Servidora.

D. Antonio. Yo celebro
la dicha de haber llegado
en ocasion en que encuentro
á vds., segun parece,

en disposicion que puedo
servirlas de tercio.
Da. Anselma. Sí:
siéntese vd.; el paseo
ha sido corto.
D. Antonio. Es verdad;
mas sin embargo, yo creo
que anduve mas que permiten
las ansias en que me encuentro;
que en la dura incertidumbre
nadie puede hallar sosiego.
¿Me entiende vd., Doña Anselma?
Da. Anselma. Sí señor, pero le ruego
calme un poco los impulsos
de ese tan vivo deseo
que aun no es tiempo,
D. Antonio. Vd. dispense:
y si con esto la ofendo
sufriré hasta que la suerte
se canse de mi silencio.
Preciosa Doña Juanita,
¿cómo vamos de conciertos?
Anoche ¿no fue vd. al baile
en casa del conde Anselmo?
Juana. ¿Estuvo vd.?
D. Antonio. Un instante,
pues mis hermanas no fueron;
pero estuvo muy brillante,
estuvieron las de Ernesto,
las marquesitas, Conchita
y Getrudis; los mas bellos
jovencitos, y entre muchos
oficiales el maestro
de vd.; aunque no bailó

porque se marchó al momento,
pues aunque yo estuve poco,
él se retiró primero.

Juana. ¿No fué Luisa?

D. Antonio. ¡Qué escucho! *(Ap.)*
No señora, yo no creo....
Es decir, yo no la ví....
¡Qué pregunta! Mucho temo *(Ap.)*
que aqui se sepa mi historia.
¡Luisa ingrata! Si puedo
conseguir á Doña Juana,
de tu veleidad me vengo.

Da. Anselma. Luisa no era posible:
su mamá está padeciendo
hace dias un dolor
que no la deja; y por esto
la pobre niña no asiste
á nada.

D. *Antonio.* Mucho lo siento.

D*a. Anselma.* En casa seguramente
hace una porcion de tiempo
que no há venido, á pesar
que se estiman en estremo
las dos.

Juana. Luisa es muy bella:
es digna de todo aprecio;
pero no es muy venturosa....

D. Anton. Bien claro lo está diciendo: *(Ap.)*
lo sabe todo. Es, señora,
doña Luisa un portento
de hermosura, de virtudes;
mas muchas veces el cielo
dispone de los destinos,
no nosotros: por lo mesmo

nada debe vd. estrañar
pues tan prudente la advierto.
Juana. Dice vd. bien; ya no hay duda. (*Ap.*)
Tomas es ¡válgame el cielo!
desgraciado por Luisa,
y ella tambien....
Da. Anselma. Pues si el cielo
de los destinos dispone,
adoremos sus decretos.

ESCENA VII.

DICHOS *y* EMILIA.

Emilia. Mamá, mamá.
Juana. Qué, hija mia?
Emilia. ¿No ha venido aun?
Da. Anselma. ¿Quién?
Emilia. ¡Bueno!
mi Tomas; ¿pues no está claro?
Nada, sin duda no ha vuelto.
Ola, señor D. Antonio,
me alegro de verle bueno:
¿sabe vd. si Tomasito
vendrá pronto? Yo me temo
que tal vez porque no llore
no querrá volver; pero ello
será cosa muy cruel
no despedirse; yo quiero
encargarle una muñeca
muy bella de movimiento
que la envie por el vapor.
Doña Anselma. Hija mia, vete adentro;
puede ser que venga pronto,

y entonces te avisaremos.
Emil. Bien; pues á Dios. No me gusta *(Ap.)*
nadita este caballero;
ni una palabra me ha dicho:
¡vaya si es el hombre tieso!
D. Aotonio. ¿Conque se vá D. Tomas
y queda aqui el regimiento?
¿Es por negocios tal vez
del servicio?
Juana. No por cierto;
dice quieren mude aires
los facultativos.
D. Antonio. Eso es diferente; creia
que era el viaje á otro objeto.
¡Luisa infiel! Tu mudanza *(Ap.)*
no es para mí gran tormento;
pues Juanita no se muestra
airada conmigo: espero
ser feliz. Conque señoras,
vean en qué servirlas puedo.
Da. Anselma. Deje vd. mandado, amigo.
D. Antonio. Solo suplicarla debo
que no olvide vd. mi asunto:
Da. Anselma. Está muy bien, caballero.
D. Antonio. A Dios, bella Da. Juana.
Juana. Servidora de vd. ¡Cielos! *(Ap.)*
Si dura mas la visita
yo no sé qué hubiera hecho.
Da. Anselma. Ya entiendes, querida mia,
de esta venida el objeto;
pues auuque suele asistir
á la tertulia, aun no es tiempo
de reunirse. El queria
saber si habias resuelto:

habrá de tener paciencia
pues nada de priesa es bueno.
A Dios, hija mia: voy
á dejarte este momento
para que pienses á solas
con mas libertad. Tu genio
está, yo no sé la causa,
algo mudado. Te advierto
hace dias reflexiva
y cierto presentimiento....
¡Ah, hija mia! quiera Dios
que yo me equivoque: pero....
Juana. ¿Qué dice vd., madre mia?
Da. Anselma. Que verte feliz deseo.

ESENA VIII.

JUANA *sola.*

Juana. Está visto; se sospecha
lo que yo estoy padeciendo:
¿por qué callé? Con tal madre
no debe de haber secretos.
¿Mas qué habia de decir,
que estimo á Tomas, le quiero,
pero que él prefiere á otra?
¿Y yo á tanto abatimiento
descendiera? No es posible:
mi decoro es lo primero:
y pues que nada se sabe
yo venceré este deseo
nacido de presunciones
que ya se desvanecieron.

ESCENA IX.

JUANA y PERICO.

Perico. Petrita me dió esta carta
para tí. ¿Qué será esto?
Juana. Está bien.
Dámela y marcha.
Perico. En cuanto á marchar, no quiero.
La verdad, yo estoy zeloso:
soy aqui criado viejo:
te he visto nacer á tí,
á tu hermana, al poco seso
de tu primito, y á todos
mas que á mí mismo los quiero.
Y vds., nada: Perico
parece que nunca ha hecho
por ganar la confianza
de sus amos; un camueso
que sirva en casa ocho dias
se encuentra mas bien impuesto
en los pormenores de ella
que el desgraciado de Pedro:
y tú que otras veces eras
tan cariñosa, te advierto
mas seria que un litigante
cuando vá perdiendo el pleito.
¿Cuál es la causa? Responde:
¿Acaso, no soy el mesmo?
¿No soy yo quien tantas veces
te estreché contra mi pecho?
¿Y quién te llevaba, ingrata,
á las fiestas y al paseo?

Pero, ya se vé, eres moza
y yo solo un pobre viejo....
Juana. Por Dios, Perico, no sigas;
bien sabes que me enternezco
cuando me hablas de este modo:
y, la verdad te confieso,
por mucho que tú nos ames
mil veces mas te queremos;
pero, mira, mamá siente
que hayas dado en el esceso
de la bebida: te priva
de tu salud, del acierto
en lo que dices y haces,
y ademas, como diciendo
estabas, la confianza
te arrebata hasta de aquellos
que mas te estiman, pues dicen,
,,para nada tiene seso;
,,no piensa mas que en el vino.‟
¿Y debes tú sufrir esto?
No señor, es necesario
te corrijas, y te ofrezco,
si acaso lo verificas,
mi confianza por premio:
y por prueba, escucha, amigo,
de este papél el objeto.
Petra, la Petra sensible
me proporciona los medios
de hacer el bien; pues tú sabes
que mamá dá algun dinero
para nuestros alfileres.
Emilia, que será un tiempo,
segun va manifestando,
una jóven de provecho,

cede su parte gustosa
para los pobres: lo mesmo
hago yo: la Petra indaga
los que lo son en efecto.
Esta esquela es de una madre
que carece del sustento
para dos hijos que cria,
huérfanos, sin mas consuelo
que el de la beneficencia
de algunos sensibles pechos.
Toma, Perico, socorre *(Dale un bolsillo.)*
esta infeliz: yo no puedo
decirte donde has de hallarla.
Petra lo sabe: vé presto;
mas silencio y discrecion.
¿Lo harás así, amado Pedro?
A Dios, ya ves si te amo
pues te fio mis secretos.
Perico. Espera Juana: ¡por vida!...
que casi llorar me ha hecho.
¡Vive Dios! Que eres la jóven
mas digna de los respetos
del mundo; y yo, mas ufano
y mas feliz me contemplo....
Vaya, ¿conque tambien Petra?...
Pero nada, no hay remedio:
no me quiere, pues paciencia.
Pues señor, yo te prometo
si no dejar de beber,
porque es cosa que no puedo,
hacerlo de modo que
no se me conozca al menos;
porque, mira, es imposible,
protestaciones dejemos,

que deje de echar un trago,
sobre todo en este tiempo;
porque el frio me destruye,
y si no fuera por esto
solo por darte á tí gusto....

Juana. Basta, amigo, te comprehendo:
haz lo que puedas: mas mira
que todo lo que te advierto
es de mi cariño prueba.

Perico. Como tal te lo agradezco;
bendita sea tu alma.

Juana. A Dios, mi querido Pedro.
(*Perico besa la mano à Juana.*)

ESCENA X.

Perico *solo.*

Perico. A Dios, hermosa; si fuera
cosa fácil el hacerlo,
por no darte á tí disgusto,
no volvería á beberlo;
pero Baco puede mucho,
¿quién se resiste á su imperio?

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

TOMAS *y* MANUEL.

D. Manuel. En valiente tema has dado;
digo que has perdido el juicio.
¿Conque á América no mas?
Ibas á dar bravo brinco.
¡A América! ¿Estas soñando?
¡Vive Dios que eres un niño!
Fiebre amarilla, balazos,
borrascas y otros peligros,
por curar de una pasion
que no está ya en los principios,
de una pasion que tal vez
el objeto peregrino
que la inspiró la conoce,
y la aprueba, y el destino
mas dichoso que apetece
es tenerte por marido.
Vamos, decídete, hombre,
si al fin has de ser mi primo.

D. Tomas. Siempre chanzas, no hay remedio:
feliz te contemplo, amigo,
pero yo que de otro modo
veo las cosas, determino,
cual te he dicho, pretender
pasar á América: he sido

muy desgraciado en mi patria,
alejarme determino,
mas sin dejar de servirla.
D. Manuel. Es un valiente capricho.
¿Conque no temes los males
que te amenazan? Amigo,
no soy yo así; te aseguro
que desde el momento mismo
que eso del cólera morbo
ha llegado á mis oidos,
vaya, no puedo olvidarlo,
y estoy que casi no vivo.
Si vendrá, me atacará,
si me darán vomitivos,
sangrías.... Mas nó: me acuerdo
de cierto preservativo
que venia en la gazeta.
El alcanfor, el abrigo....
¡Ah, sí!... Tú te acordarás
que en el café la leimos:
mas, dejemos esto á un lado,
y dí porque me has mentido:
¿no me dijistes tenias
para diez meses permiso
solamente de tu cuerpo
para esta ausencia?
D. Tomas. Y he dicho
la verdad; yo marcho á Cádiz;
y en ese tiempo preciso
arreglo las cosas para
poder ir, como te digo,
donde lejos de tu prima
sea menor mi martirio.
No ignoro nada, Manuel:

¿piensas tú que no he advertido
del amigo Don Antonio
la pretension? El partido
conviene á la señorita,
y yo me creyera indigno
de la opinion de hombre honrado,
si por un ciego egoismo
solo pensara en mi dicha;
y pues que quiso el destino
que yo fuese desgraciado
sea feliz el bien mio;
séalo tambien Don Antonio;
mas no quiero ser testigo
de esta union; vivan dichosos,
logren gustos muy cumplidos,
y yo lejos de este suelo
en mi dolor sumergido,
llore el desgraciado instante
en que la ví. Dulce amigo,
perdona, sé que padece
tu corazon compasivo;
mas no es posible te oculte
por mas tiempo mi destino.
Sin embargo, yo sospecho,
ó al menos tenia indicios
que este letrado adoraba
á Luisita. Su hechizo,
su virtud.... Seguramente
es de un mérito escogido
esta dama; él la amaba,
segun me tengo entendido,
y á mi ver correspondia
con un honesto cariño
la bella jóven. No es esto

solo pensamiento mio;
muchos este amor sospechan,
no sé si algo habrás oido.
Yo sintiera vivamente
debiese solo al capricho,
de un mudable Doña Juana,
y no á su dulce atractivo,
una suerte que mi alma
la desea....
D. Manuel. Muy bien dicho.

ESCENA II.

Dichos y Juana.

Juana. Manuel, vengo á preguntarte....
¡Válgame el cielo, qué miro!
¡Tomas aquí!
D. Manuel. Continúa.
D. Tomas. Si incomodo me retiro.
Juana. No sé, Sr. D. Tomas,
cuales sean los motivos
de esa especie de etiqueta:
muy bien sabe vd. que ha sido
estimado en esta casa,
casi desde el punto mismo
en que tuvimos la dicha....
D. Tomas. ¡La dicha! El honor fué mio.
Señora, mas sin embargo....
Yo no sé lo que me digo: *(Ap.)*
el tiempo todo lo cambia.
Juana. Yo no comprendo el sentido
de lo que vd. decir quiere.
D. Manuel. Sea el secreto maldito. *(Ap.)*

D. Tomas. Quiero decir, señorita,
que pasó el tiempo benigno
en que podia gloriarme
de aquel título sencillo,
pero que me hacia orgulloso
el haberlo merecido:
yo era de v d. el maestro,
y esta cualidad, que estimo
como la mayor ventura,
se ha disipado ó perdido.

Juana. ¿Por qué causa? Pues acaso
¿podré yo negar que he sido
enseñada por vd.,
y en fin, que á vd. he debido
mil atenciones?

D. *Tomas.* Señora,
bastante premiado ha sido
mi esmero en la dicha misma
de haber en algo servido
á un objeto cuyas gracias,
cuyo mérito esquisito
son el encanto de cuantos
le conocen.

D. Manuel. Pues el niño (*Ap.*)
no se descuida: no marcha,
es negocio concluido.
¿Mas no sabes en el tema
que ahora ha dado? El viagito
que prepara para Cádiz
tiene por objeto fijo
no menos que ir á Ultramar:
quiere arrostrando peligros
servir su patria, y quién sabe
si dirigirá sus tiros

de manera que una faja
por premio de sus servicios
obtenga, que es cosa fácil
cuando se tienen los brios
que él manifiesta. ¿Es verdad?
D. Tomas. ¡Qué locuras! Yo no aspiro
sino á calmar la inquietud
de un corazon oprimido.
Juana. Por Luisa lo dice ¡Cielos! *(Ap.)*
¡qué delicado es! ¡qué fino!
¿Y no hubiera medio alguno
para adoptar un partido
que conciliar pudiese
sin que hubiera de sentirlo
la mucha delicadeza
que tanto en vd. admiro?
D. Tomas. ¡Ah, no! la suerte está echada:
todo, señora está visto:
callando yo, no atormento
el objeto peregrino
por quien mi pecho suspira;
pronto un natural olvido,
ni aun del nombre de Tomas
dejará en Sevilla indicios.
D. Manuel. ¡Pues hemos quedado frescos!
Conque es decir, amiguito,
que nuestra amistad no es nada:
bien claramente lo has dicho.
Mas yo me tengo la culpa.
¡Vive Dios! que le he perdido: *(Ap.)*
ella piensa que es Luisa
la causa de su martirio,
cuando á ella solo adora:
¡qué mal mi embrollo ha salido!

Escucha, Juana, si él parte
es porque cierto capricho
se le ha entrado en la cabeza,
porque está de amor perdido....

D. Tomas. ¡Qué disparate! Señora,
no dé vd. á su primo oidos;
ya lo vé vd., cuanto dice....

D. Manuel. No son mas que desatinos;
mas si yo pudiera hablar....
Sea el secreto maldito; *(Ap.)*
protesto á vds., que todo
estaba compuesto hoy mismo;
pero aquí viene mi tia.

ESCENA III.

DICHOS *y* DOÑA ANSELMA.

Da. Anselma. Muy bien, queridos amigos:
vuestra reunion me indica
que algo se habrá conseguido
con respecto á la partida
del amigo Tomasito.

D. Tomas. Al contrario, solamente
mi despedida ha tenido
por objeto esta visita,
que así lo habia ofrecido
ponerme á los pies de vds.,
tomar como era debido
sus órdenes, y marchar,
cual dije, mañana mismo.

Da. Anselma. Yo lo siento muy de veras;
mas al fin, si le es preciso....
¡Qué pálida está mi hija! *(Ap.)*

Casi la causa adivino.
Y tú, Manuel, ¿no preparas
para obsequiar á tu amigo
la víspera de su marcha
alguna fiesta?
D. Manuel. No ha habido
proporcion, querida tia;
porque como su sigilo
no nos dejó traslucir
hasta hoy ningun vestigio
de esta especie de locura,
ya lo vé vd., no he tenido
lugar de nada.
Da. Anselma. Lo creo.

ESCENA IV.

Dichos *y* Emilia.

Emilia. Manuel, Juana, ¿no ha venido?
Da. Anselma. Atolondrada, aí le tienes.
Emilia. ¡Ay, es verdad! Tomasito,
tenia tal gana de verte....
Mira, yo habia creido
que sin volver, cual dijistes,
sin duda te habias ido.
Escucha, ¡ves qué precioso!
De esta cadena prendido
traigo el retrato: y tú tienes
tambien otra: ¿no es lo mismo?
A ver, á ver, ¡qué pulida!
Ola, ¿y otro retratito?
Déjamelo ver.
Don Tomas. Emilia.... *(resistiendo.)*

Emilia. De mi hermana, ¡qué bonito!
D. Tomas. Te equivocas. ¡Santos cielos!
Juana. ¡Mi retrato!
D. Manuel. ¡Qué delirio!
No puede ser de tu hermana.
¿Por qué no me lo habria dicho? (*Ap*)
Emilia. Vaya, pues no es de mi hermana.
¿No la conozco? ¡Qué lindo!
Si señor, es de mi hermana:
que lo enseñe; está lo mismo
que ella se peina, no hay duda:
¿por que no lo muestras? dilo.
D. Tomas. ¡Qué confusion! Yo, señoras...
D. Manuel ¿Por qué te turbas, querido?
D. Tomas. Porque puede haber sospechas
donde no cabe delito.
Da. Anselma. ¡Don Tomas!
D. Tomas. Señora mia.
Da. Anselma. Ninguna disculpa exijo:
sé que vd. es muy jucioso,
y mas en esto confio
que en otras protestaciones.
Haz que no parta tu amigo (*A Manuel.*)
sin verme á solas.
D. Mauuel. ¡Qué escucho! (*Ap.*)
Bien este lance ha salido.
Da. Anselma. Vamos Emilia, ven Juana;
hasta luego, mis amigos.
Emilia. Vaya, que te has enfadado
porque la verdad he dicho.

═ o ═

ESCENA V.

Dichos *menos* Doña Anselma *y* Emilia.

Juana. Yo soy el objeto ¡cielos!
de su tímido cariño,
¿y él partirá? No es posible:
¿mas por qué Mánuel me dijo?...
Todo es enigmas: Manuel,
procura saber....
D. Manuel. Lo mismo
es esto, que ser tercero:
pero si acaso consigo
victoria y paz, soy felice
en el lance que medito.
Juana. A Dios, señores.
D. Manuel. A Dios.
D. Tomas. ¿Se va vd, y en el conflicto
me dejará de ignorar
si este suceso imprevisto
me quitará la esperanza,
la sola, mi bien, que abrigo,
de que mi memoria grata
podrá serle como amigo,
como maestro no mas?
¡Ah! perdon, pues me he atrevido
á poseer una copia
de lo que mas he querido
sin haberle suplicado
me concediese el permiso.
Yo partiría contento
con mi secrèto martirio
y este tesoro que aprecio

mas que.... Pero lo repito:
diga vd. que me perdona,
me ausentaré mas tranquilo,
sin otro consuelo, amiga:
á este solo bien aspiro.

Juana. Sea vd. dichoso.

D. Manuel. ¿Y no mas?
¿no te debe un cuidadillo
un hombre que te idolatra?
De tu crueldad me admiro.

Juana. ¡Ay, Manuel!

D. *Manuel.* Vaya, responde;
¿qué ibas á decir?

Juana. ¡Ah, primo! ...

D. Manuel. Disparates, niñerías....
¿á qué vienen los suspiros?
Te ama, ¿pues quién lo duda?
Claro acaba de decirlo.

Juana. Madre me espera.

D. Tomas. Señora,
¿tanto mi delito ha sido,
que no merezco me diga
que me perdona?

Juana. Ya he dicho
que sea vd. muy venturoso.
¿Cuál será, ¡cielos divinos! (*Ap.*)
de mi madre la intencion?
A su cuarto me dirijo.

ESCENA VI.

DICHOS *menos* JUANA.

D. Manuel. Botarate, no creyera
que fueras tan poco listo.

Soy calavera, alocado,
en fin, soy un aturdido
como dices; pero tu
que te precias de entendido,
de juicioso, te se escapan
de este modo; pero amigo
no hay que apurarse: mi tia
antes de salir me dijo
que no te vayas sin verla,
y nada malo colijo
de esta entrevista. A su cuarto
puedes ir, que yo en el mio
te esperaré y me dirás
las resultas que ha tenido
esta tramoya. ¿Qué piensas?
¿no vas á verla?

D. Tomas. No, amigo.
Yo pienso que Doña Anselma
ha tomado este partido
para reñir con prudencia
mi atrevimiento: fué hijo
de una pasion delicada:
ninguna culpa he tenido
directa de que la sepan:
su conmocion he advertido,
no volveré yo á su vista;
harto mi pecho ha sufrido
en su presencia. Es forzoso....
Se me exije un sacrificio.
Toma, Manuel, de tu prima,
el dulcísimo atractivo:
en mi idea se conserve;
pero no tengan motivo
en esta casa jamas

para odiar el nombre mio.
Dí á Doña Anselma, que yo
me embarco mañana mismo;
que no volveré á turbar
su reposo mas; que pido
que este retrato adorado,
que en el espacio preciso
de año y medio he conservado,
ella lo guarde; que exijo
no se lo dé á Doña Juana. *(dáselo.)*
Vendrá un dia en que el destino
habrá de unirla á un esposo,
y fuera doble martirio
saber que la obra preciosa
que en un arrebato mio
trabajé con tal placer,
otro mas feliz, amigo,
se complacia en guardarla,
siéndome á mí prohibido.
Que su madre le conserve;
á mí no me es permitido
contra el gusto de las dos.
Ya nada me queda, amigo:
solo tu memoria: todos
en el centro del olvido
me sepultarán; tú solo,
hoy de mis ansias testigo,
solo tú, Manuel amado,
tributarás á tu amigo
alguna vez un recuerdo,
y yo tal vez, en el frio,
en el tranquilo sepulcro
yaceré. Pero te aflijo.
A Dios para siempre....

¡qué desventurado he sido!

D. *Manuel.* Nó, Tomas, es imposible:
no consiento, te lo digo,
en lo que dices.... Mi tia
ha de verte.

D. *Tomas.* Te lo pido
por última gracia, sí,
esto solo de tí exijo:
no te comprometas, calla;
no se encuentra otro partido.

D. *Manuel.* ¡Juana insensible!

D. *Tomas.* ¿Por qué?
¿Acaso seria digno
de un corazon justo y recto
atribuir á delito
el que no me amase Juana,
tan solo porque su hechizo
pudo seducirme á mí?
Á Dios, amigo querido,
á Dios otra vez, y....

D. *Manuel.* No.
Yo iré á encontrarte ahora mismo:
voy á verme con mi tia,
la espondré lo que me has dicho;
despues te acompañaré
hasta Cádiz, que imagino,
que mas necesitas tú
en el caso en que te miro,
de mi asistencia, que ellas.

D. *Tomas.* ¡Ah! No, mi amigo querido:
quédate aquí.

D. *Manuel.* No te canses;
yo conozco tu delirio,
y fuera en mí crueldad,

abandonarte á tí mismo:
A Dios hasta luego, á Dios:
iré á buscarte.

ESCENA VII.

TOMAS *solo.*

D. Tomas. ¡Dios mio!
¿Con que ya no veré mas
los objetos peregrinos
que habitan aquí? Por siempre
errante, estraño, perdido,
no habrá corazon sensible
á quien mueva mi martirio.
Si al menos saber pudiese
que mi desliz no ha ofendido
á Juana, á la bella Juana,
fuera el dolor menos vivo
en mi alma. A Dios, morada
donde se encierra el bien mio;
ya no volverán mis ojos
á verte, precioso asilo
de desgraciados! Yo solo
dejo ¡infeliz! tu recinto:
aqui consuelan al triste,
y aquí mi dicha he perdido.

ESCENA VIII.

D. ANTONIO, *y* MANUEL.

D. Manuel. Digo á vd. que no lo sé:
fuí á su cuarto y no la he visto

estará tal vez adentro.

D. *Antonio.* Y diga vd. ¿será fijo
que mañana mismo marcha
D. Tomas? Habia creido
que podian detenerle
en Sevilla ciertos grillos,
que yo celebro haya roto,
si es que aprisionado ha sido
por ellos un tiempo: asi,
para el empeño que sigo,
alguna mas confianza
en el corazon abrigo.

D. *Manuel.* Está bien, señor letrado:
es decir, que vd. ha querido
sobre recientes ruinas
labrar un nuevo edificio;
pero lo que mas me admira
es, olvide vd. que amigo
soy de ese jóven, y siendo
tambien muy poco sufrido,
le advierto que nunca trate
en mi presencia, y lo exijo,
de un asunto que incomoda....

D. *Antonio.* No acabe vd. de decirlo;
y válganle á vd. los fueros
de ser de mi amada primo,
que si no, le hiciera ver
que no es decente motivo
para perder el respeto
á quien tan solo ha debido
cortesía y....

D. *Manuel.* ¡Vive Dios!
que si tiene tantos brios
los ha de manifestar:

admito su desafío;
no quiero me valgan fueros
de parentescos; me pico
de fiel en mis amistades,
y vd. me ofende un amigo.

D. Antonio. No he desafiado á vd;
pues solamente le he dicho
que no es de hombres de su clase,
tal vez por solo un capricho,
faltar á la cortesía,
y esto mismo le repito.

D. Manuel. Pues yo quiero sostenerle
que no es de hombres distinguidos
alegrarse en la desdicha
del que sabe que ha sufrido,
y menos gloriarse de ello
en presencia de su amigo.

D. Antonio. Yo ignoro esos sufrimientos,
pero si acaso ha inferido....

D. Manuel. Yo no quiero saber mas;
harto sus frases me han dicho:
no estraño que no conozca
la amistad quien no ha podido
ser en amores constante:
esto solamente os digo.

D. Antonio. ¡Pues cómo!... Viven los cielos,
D. Manuel, no habeis de iros.

D. Manuel. Si quereis satisfaccion
no es á propósito el sitio:
venid á fuera.

D. Antonio. Eso quiero;
mas antes debo deciros
que no soy un inconstante.

D. Manuel. Luisa....

D. Antonio. Ya lo he entendido;
pero debiera vd. antes
conocer si hubo motivos
para un rompimiento que....
D. Manuel. Serán tambien ¡voto á brios!
suposiciones. Luisa
es juiciosa y yo lo afirmo;
sígame vd.
D. *Antonio.* Al instante.

ESCENA IX.

Dichos *y* Perico.

Perico. No señor, que yo lo impido:
¿seguirse, y yo los dejara?
D. Manuel. Estafermo....
Perico. ¡Señorito!
Si dan un paso hácia afuera,
empiezo á dar tales gritos
que he de alborotar el barrio
y han de acudir los vecinos:
yo he escuchado muchas cosas,
de las que vds. han dicho,
y primero consintiera
me mataras que sufrirlo.
¡Desafiarse! Cabezas
mas dislocadas....
D. Antonio. Perico,
esto fué solo una chanza.
Manuel, finja vd. lo mismo, *(Ap.)*
que mañana nos veremos.
Perico. ¿Y tenemos secretitos?
pues tú no saldrás de aquí.

D. Manuel. Digo que eres un pollino:
¿no oyes que fué esto una chanza?
¿A qué hora, y en qué sitio? (*A D. Ant.*)
D. Antonio. A las ocho ú ocho y media
á las orillas del rio.
D. *Manuel.* ¿Hácia los Humeros?
D. Antonio. Sí.
D. Manuel. Hasta mañana y sigilo.
D. Antonio. Felices.
D. *Manuel* Pasadlo bien.

ESCENA X.

Perico *y* Manuel.

D. Manuel. A las diez se vá mi amigo:
tiempo hay para todo. Vaya,
me harás el baul, Perico,
para diez dias de ausencia.
Perico. ¿Y esto es algun pretestillo
para desviar mi mente
de aquello del desafío?
Vaya, ¡qué cabeza tienes!
Dí la verdad: ¿por que ha sido?
D. Manuel. ¿Vuelves otra vez al tema?
¡Pues no es valiente capricho!
¿no he dicho que fué jarana?
Perico. A mí no me engañas, hijo:
¡jarana! Pues dime, vaya,
¿que os decíais al oido?
¿qué secretos eran esos?
Me acuerdo de haber leido
muchas novelas, historias,
comedias y otros escritos,

en que se habla de combates,
ó duelos ó desafíos,
¿que mas dá? y se decian,
que eran fórmula de estilo,
las armas que habian de usar,
la hora, el lugar, padrinos,
y qué sé yo qué otra cosa
que ya yo he puesto en olvido.
Pues señor, voy á avisar,
por lo que puede ocurrirnos,
á mi ama Doña Anselma,
que con prudencia y sigilo
ella lo arreglará todo
sin que cueste un desavío.
A Dios, me voy á beber
de anis un medio vasito.

D. *Manuel.* Anda con Dios; pero mira
que si das en el delirio
de descubrir esta broma....
En fin, ya me has entendido.
Solo tú lo has escuchado;
si llegan á traslucirlo
las señoras, me la pagas.

Perico. Y sabrás muy bien cumplirlo.
Pues señor, malo está esto; *(Ap.)*
mas no faltará resquicio
para salir del apuro:
en la prudencia confio
de la señora ...

D. *Manuel.* ¿Te vas?

Perico. ¿Qué querias?

D. Manuel. Lo que he dicho,
Silencio ó sabré vengarme.

Perico. Válgate el diablo por niño.

ESCENA XI.

D. Manuel *solo.*

D. Manuel. No pude ver á mi tia;
pero no, no desconfio
de que Tomas sea feliz.
Suplicaré si es preciso,
pues su virtud lo merece.
Sí lo serás, dulce amigo,
que Juana no es insensible,
su modestia y su atractivo
es digno de tu ternura;
harto habeis los dos sufrido.

ACTO CUARTO.

ESCENA I.

D. Manuel y Doña Anselma.

D. M nuel. Esto solo ha suplicado,
amada tia, ¡qué alma!
¿Y lo permitirá vd.,
vd. que tanto le amaba?
No puede ser, yo conozco
esa bondad estremada
que forma la dicha entera
de todos los de esta casa.
Da. Anselma. Despacio, sobrino mio:
parece que solo tratas
de la suerte de tu amigo:
¿la de tu prima no es nada?
¿conoces su pecho tú?
Responde ¿acaso le ama?
D. *Manuel.* Yo no sé; mas lo sospecho...
Da. Anselma. Pues las sospechas no bastan.
Dí á Tomas acepto el don
que me hace de esta alhaja;
pero que absolutamente
quiero verle: que me haga
este favór como amiga,
como á madre de su amada,
si esto lisongea mas
su corazon. Veré á Juana,

y si ella le quiere.... En fin,
quien solo su dicha clama
¿qué podrá hacer?
D· *Manuel.* Dulce tia,
entiendo á vd.; si.
Da. Anselma. Pues basta.
corre á buscarlo.
D. *Manuel.* ¡Qué gozo!
Da. Ansel. Quiera Dios que por bien vayas.

ESCENA II.

JUANA *y* LUISA.

Juana. ¡Cuánto aprecio, amiga mia,
esta dicha que anhelaba
mi corazon; ¿y tu madre,
está ya mas aliviada?
Luisa. Sí, Juana; pero su hija
ninguna otra dicha aguarda:
¡qué desgraciada nací!
Juana. ¿Suspiras? ¿cuál es la causa?
¿qué tienes? ¿lloras, amiga?
Háblame con confianza.
Luisa. Eso deseo: mas ¡ay!
que es mi pena tan estraña,
que ni el alivio me queda
de poder comunicarla,
sin sentir otro tormento;
porque es tanta mi desgracia
que hasta tu amistad me quita,
sin que ninguna la causa
tengamos: pues tú inocente
cuando yo en nada culpada,

somos hoy (perdona, amiga)
dos rivales declaradas.
Juana. No te entiendo.
Luisa. Disimulas....
Finges no entenderme, Juana.
Mas ¡ah! no vengo á reñirte:
ten compasion de mis ansias.
Juana. Esplícate.
Luisa. Sí, querida,
que tu dulzura estremada
me anima: escucha mis males.
Hace tiempo que me amaba,
ó al menos que lo fingía,
un infiel: nunca esperanzas
obtuvo que envanecieran
su amor propio: porfiaba
con tal ardor, tal finura,
en fin, con tanta eficacia,
que creyendo era sincera
su pasion, no la alhagaba;
pero no la combatía:
mas animado empezaba
á mostrar sus rendimientos
en las tertulias, en casa,
en el paseo, ¡ay querida!
que ya ninguno ignoraba
que era el pérfido mi amante.
Mi familia confiada
en su honradez, y no viendo
ninguna otra desventaja
que alguna riqueza, aprueban
esta union, que yo alejaba,
porque conocer queria
si era en efecto su alma

tan sensible, tan constante
como el traidor me juraba.
En fin, ¿para qué cansarte
en repetirte mis ansias?
Llegué á quererle tan fina,
que solo el bien anhelaba
de complacerle en un todo,
y pronto el infiel alcanza
una confesion sencilla
de lo que en mi pecho pasa.
¡Ay, amiga! Si le vieras
cuál su júbilo mostraba....
Todo es nada, me decia,
si con el bien se compara,
de ser amado, bien mio,
de tu pecho: todo es nada:
no habrá mortal en la tierra
mas venturoso: tu alma
justa y sensible, querida,
no permita que agitada
sufra la mia mas tiempo:
consiente que al punto vaya
á hablar á tu digna madre,
que colme mis esperanzas:
sé mia, dulce Luisa....
Pero la suerte contraria
quiso que aquel mismo dia
un viaje proyectara
mamá, que dura tres meses:
yo le supliqué dejara
su peticion hasta tanto
que volviésemos. Las cartas
suplian en esta ausencia
á entretener nuestra ansias;

en fin volvemos, querida,
el dia que se casaba
mi prima, como tú sabes.
A la boda convidadas
fuimos, y esa misma noche,
yo no sé por qué desgracia,
dió en obsequiarme oficioso
un jóven que allí se hallaba:
tambien estaba mi amante:
advertí que le observaba;
mas sin parecer grosera
no pude evitar bailara
conmigo el jóven: zeloso
se me acerca y aun me habla,
de tal modo que no zelos
en sus razones mostraba,
sino mas bien un deseo
de hacer ver que ya le cansa
mi cariño: yo lo advierto,
y con razon indignada,
no quise satisfacer
sus sospechas infundadas.
¡Ay Juana! Que yo creia
que de su fuego la llama
inestinguible seria:
y en esto solo fiada
un papel le devolví
que al siguiente dia manda
con su criado. ¡Qué pronto
fué humillada mi arrogancia!
No volvió mas, no le he visto,
y solo supe se hallaba
empeñado en nuevo amor:
tú eres el objeto, Juana:

hoy mismo te lo ha jurado:
lo he sabido, que en la casa
de una amiga de las dos
lo ha dicho el infiel, te ama;
y si tú le correspondes,
será cierta mi desgracia.
Por piedad, querida amiga,
consuela mi pecho: calma
las angustias que me agitan
y el temor que me embaraza:
ten compasion de una triste
que te confiesa que ama.

Juana. ¡Dios mio, qué atroz suplicio
me atormenta! No se halla
disculpa para un infiel
tan mudable: yo engañada
tambien, creí, dulce amiga,
ser del traidor adorada;
mas no importa, yo te juro
por cuanto el honor nos manda,
escarmentar su osadía,
y hacerle ver que...

Luisa. No hagas
entender que he sido yo
la que te he informado....

Juana. Basta:
tú quedarás convencida
de que no es amistad falsa
la que te profeso. ¡Cielos!
¡Qué angustias al pecho asaltan!
Voy á avisar á mi madre,
Luisa, de tu llegada:
disimula tus tormentos
y ten de mi confianza.

ESCENA III.

Luisa *sola.*

Luisa. Antonio cruel, si obtengo
no te corresponda Juana,
puede que desengañado
vuelvas á quien te idolatra;
y entonces ¿qué podré hacer?
¿vengarme? ¡Ah! qué venganza!
Amarte, que en esto solo
está mi dicha cifrada.

ESCENA IV.

Luisa *y* Antonio.

D. Antonio. Pues á D. Manuel he visto
ha rato salir de casa
y es su interes no haber dicho
lo que entre nosotros pasa,
vengo á ver... Pero Luisa...
mejor será no mirarla.
Luisa. Escuche vd: le parece
que es accion muy cortesana
entrar en un aposento,
hallar en él una dama
y salirse sin tener
la atencion de saludarla?
Señor D. Antonio, el tiempo
ha pasado en que vd. obraba
tan diferente....
D. Antonio. Es verdad:

el tiempo todo lo acaba.
No puedo negar que es bella (*Ap.*)
pero es mas hermosa Juana.

Luisa. ¿Y es disculpa el tiempo acaso
para faltar á palabras
que nadie hubo de exigirle,
que fueron tan voluntarias?
Y en fin, D. Antonio, el tiempo
podrá autorizar la infamia
de valerse de pretestos
para dejar á una dama
de quien aspiró á la mano,
sin que haya habido otra causa
que haber sido vd. mudable:
mas no importa: estoy vengada:
Juana sabe los motivos
y todos las circunstancias
de la falsedad de vd.

D. Antonio. Está bien, muger ingrata:
la culpa que ella ha tenido
sobre otros hombros descarga;
mas no importa ¡vive el cielo!
que no creyera llegara
á tal grado su despecho,
que asi mi plan trastornara;
mejor será retirarme.
Dios guarde á vd.

Luisa. ¡Desdichada!
Me aborrece: ya está visto.

= o =

ESCENA V.

DICHA, JUANA *y* DA. ANSELMA.

Da. Anselma. ¡Querida Luisa!
Luisa. Amada
Doña Anselma, yo celebro....
Da. Anselma. Deja cumplimientos, vaya,
sé que está mamá mejor,
y esto solo deseaba
saber, porque me tenia
su salud tan quebrantada
ha mucho tiempo en cuidado.
Luisa. Señora, nos son tan gratas
sus finezas, que tan solo
la complacencia estremada
con la cual las recibimos,
pudiera ser comparada
con la reciprocidad
que en nuestra amistad se halla.
¡Ay, Juana! El infiel venia *(Ap. á J.)*
á visitarte; se espanta
al hallarme en este sitio:
quiere retirarse: calla
cuando le espongo mis quejas,
y al fin el ingrato....
Juana. Basta.
Da. Anselma. Vamos, hija, ¿nó das parte
á una amiga tan amada,
de lo ocurrido? No creo
que te sea tan estraña
que la reserves la nueva
en que debe estar fundada

tu ventura. Sí, Luisa,
debes saber que se casa.

Juana. ¿Qué dice vd., madre mia?

Da. Ansel. Que en ningun modo estrañara
confiases á tu amiga
lo que á tu madre recatas;
porque el filial respeto
se opone á la confianza
en la materia de amor:
y aunque sé cuanto me amas,
quizás he tenido zelos
de ver que tu primo alcanza
á penetrar en tu pecho
mas que yo. Pero te cansan
mis quejas, hija querida;
no me disimules nada:
tu primo es muy buen agente
y ha conseguido la gracia,
ha vencido mi entereza.
Con toda franqueza habla
al que supo hacerse amar
por su virtud y constancia.
El vendrá, muéstrale toda
la ternura de tu alma,
puesto que vá á ser tu esposo.
Tu madre no reprobara....

Luisa. ¡Cielos!

Juana. Luisa, ¿qué sientes?
no tengas temor, repara....

Luisa. ¡Ay!

Da. Anselma. El color ha perdido.

Juana. ¡Qué fria! ¡Parece helada!

D.a Anselma. Perico.... *(Llamándole.)*

Juana. No llame vd.

ya vuelve en sí, ¡pena amarga!
Respira, infeliz, respira,
no serás tú desgraciada
por mi causa aunque yo muera.
¡Ay! ¡triste de mí! ¿Se pasa....

Da. Anselma. ¿Te sentias indispuesta
antes de salir de casa?

Luisa. Dias ha que no estoy buena:
unas fatigas.... No es nada.

Da. Anselma. Ven adentro un breve rato,
descansarás. Tú, mi amada, *(A Juana.)*
avisa si alguno llega.

ESCENA VI.

JUANA *sola.*

Juana. ¿Qué es esto que por mí pasa?
Cuando pensaba ¡infelice!
encontrar cual me engañaba
una oposicion formal
de mi madre, solo trata
esta de hacerme dichosa:
yo me creia adorada
hace poco del traidor,
cuando él tan solo pensaba
en vengarse de unos zelos
haciéndome desgraciada.
Pronto de amor mas antiguo
hubiera vuelto la llama
á encenderse en su fiel pecho;
y yo tal vez entregada
al horror de los disgustos,
que en vano me recatara,

encontraria la muerte
donde la dicha esperaba.
¡Loca pasion! Ya es preciso
combatir para apagarla:
¡y á esterior tan virtuoso
tal veleidad acompaña!
¡Infeliz! ¿Quién lo creyera?
Murieron mis esperanzas.

ESCENA VII.

JUANA *y* PERICO.

Perico. Hace rato solicito
una conferencia larga
con tu madre y no la encuentro:
siempre me dicen se halla
ocupada ó con visita,
y que no es posible hablarla:
¡Válgate Dios por visitas,
y cuántos males nos causan
Juana. ¿Puedo saber qué querias?
Perico. No señora; porque acaban
de decirme que ha salido
el señorito de casa,
y ya lo malo ó lo bueno
habrá pasado. ¡Qué maula
es el tal Don Manolito!
Juana. ¿Pues qué te ha hecho? Despacha.
Perico. ¿A mí? A él le habrán hecho,
pues que no es hecho de masa
el otro caballerito....
No me fué posible, vaya,
evitar este accidente.

Juana. Perico, ¿qué es lo que hablas?
Tus razones manifiestan
un misterio que no alcanzan
á descifrar mis ideas:
háblame claro.
Perico. ¡Caramba!
¿y que luego lo supiese
y mi cuerpo lo pagara?
No señor.... ¿pero qué escucho?...
Él es, respiremos, alma,
que no ha perdido el pellejo
ni dejaría en la estacada
al otro calaverilla,
pues que se refugia en casa.
Esto está bueno, me alegro
no haber descubierto nada.

ESCENA VIII.

Dichos, D. Tomas *y* D. Manuel.

D. Manuel. Vamos, inconsiderado,
¿que te asegure no basta
que mi tia te lo ruega?
¿Aquí tú, primita amada?
Me alegro: vé aquí tu amante,
el que ciego te idolatra,
el que toda tu familia
tanto estima, el que anhelaba
dejar su patria, tan solo
porque creyó que aspirara
en vano á la dicha hermosa
de agradarte.
D. *Tomas.* Manuel, calla.

Yo vengo, señora, solo
á saber lo que me manda
la amable mamá de vd.,
y dejarla asegurada
que en tanto que el triste pecho
preste el aliento á mis ansias,
será vd sola, bien mio,
el ídolo de mi alma.

Juana. Sr. D. Tomas, el hombre
debe pensar cuando habla
que el que escucha, las mas veces
no se encuentra en la ignorancia
de pormenores que pueden
destruir todas las vanas
protestaciones: asi
mejor fuera que á la dama
que tan tierno pretendía
esas voces dedicara,
que no á quien solo os desea
felicidades colmadas.
No mas amor, D. Tomas,
la sola amistad nos basta,
y la infeliz que algun dia
fue el objeto de las ansias
de vd., vuelva venturosa
á recobrar....

D. *Manuel.* Prima, calla.
¿Qué estas diciendo, muger?

Juana. No, Manuel, no te engañabas
en tus sospechas. ha tiempo
su voluntad empeñada.....

D. *Tomas.* Señora, para decirme
que no agradece, ó la enfada
mi amor, no era necesario

denigrarme con la infamia
del nombre de falso amante,
que solo á vd. tolerara.
¡Yo engañar, como vd. dice,
otra muger! ¿Y aspirara
ni aun al ligero consuelo
de amarla sin esperanzas?
Ya lo oyes, Manuel, ¿qué importa
que su madre te alhagara
con tan dulces espresiones,
si Juana procura ingrata
hacerme doble sufrir
con suposicion tan rara?

D. *Manuel.* Vaya, pues perdona, amigo:
yo soy sin pensar la causa
de este accidente: ¡maldito
mi atolondramiento! Ansiaba
por conocer si algun viso
de inclinacion se encontraba
en su pecho hácia mi amigo,
y me valí de la usada
estratagema de zelos
que ha producido esta farsa.
Vamos, esto se acabó;
te digo que fue una chanza
aquello de la visita
y querer acompañarla,
que á tí sola, prima mia,
es á quien ciego idolatra:
¿te basta este desengaño?

Juana. Si, Manuel, todo me basta
para tomar el partido
que debí ofrecer. Mi alma (*Ap.*)
sufre tanto, que no acierto

á mirarle: ¡pena estraña!

D, *Manuel.* ¿Con qué le digo á tu madre?,,

Juana. Que no empeñe su palabra;
pues nunca seré la esposa
de aquel que dejó burlada
una jóven cual mi amiga,
ni soy yo para venganzas
de zelos, como ha creido,
á propósito.

D. Manuel. ¡Qué rabia!
¿No te he dicho y te repito
que solo fue pura chanza
lo de Luisa, y que nunca
ni la ha mirado?,...,

J*uana.* Te engañas:
Luisa acaba de hablarme,
estoy de todo informada.

D. *Tomas.* Está muy bien. Si señora,
queda vd. bien disculpada.
D. Antonio es, no lo ignoro,
el hombre á quien destinada
está la dicha de ser
amado de vd.; mas nada
de esto podia oponerse
á que vd. no me acusara
de un doble amor, que jamas
pudiera tener entrada
en un pecho como el mio.

Perico. ¿Qué embrollos ó calabazas
son estos? ¿zelos y amor?
¿no lo dije? ¿á que se casan? (*Vase.*)

ESCENA IX.

DICHOS *y* DA. ANSELMA.

D.*a Anselma.* Querido Tomas, aquí?
Parece que adivinabas
el grande desasosiego
en que por tí me encontraba:
no haya ausencia, amigo mio,
aquí la dicha te llama.
D. *Tomas.* ¿Á mí la dicha, señora?
¡Cuánto en creerlo se engaña!
Aquí la perdí, y no puedo
ni aun desear encontrarla.
Amo, que vd. no lo ignora,
y en tan tristes circunstancias
marchar quise en mi silencio,
un accidente lo aclara:
vd., lejos de ofenderse,
me anima con esperanzas;
pero la suerte, señora,
siempre al desgraciado....
D*a. Anselma.* Basta.
Juana querida, tu madre
te permite que nos abras
el corazon; no te turbes:
te propuse esta mañana
de Antonio las pretensiones;
advertí no te agradaba
el partido, mi sobrino
á favor de Tomas habla,
y aun me dijo que creia
le estabas algo inclinada:

si es asi, no me lo ocultes:
tu madre no reprobara
una estimacion, sin duda,
en sus virtudes fundada.

ESCENA X.

Dichos *y* Perico.

Perico. Enviado por la Petra
vengo, y dice que se halla
en un apuro muy grande:
dice que aquella muchacha
asi que se quedó sola,
ó al menos se lo pensaba,
(porque la Petra está firme
como vd. mandó, de guardia;)
pues, apenas vd. sale,
empezó á llorar. No es mala (*Ap.*)
la visita y sus desmayos.
Ha dicho que es una ingrata,
que no debió á su amiguita
haber molestado en nada;
que tambien ha conocido
que ella le está apasionada
al pérfido que ha podido
engañar sus esperanzas:
que quiere en este momento
abandonar esta casa,
donde vino á destruir
la paz que en ella moraba:
que su madre ha de saberlo,
para que no le negara
el permiso de vivir.

en un claustro retirada.
En fin, que quiere marcharse,
que la Petra lo embaraza,
que ella insta, y que me dijo
que luego se lo avisara
á vd., para que dijera
lo que quiera que se haga.
Juana. Ya lo vé vd., madre mia,
en vano lo recatara
pues en su ciego delirio
ella lo publica: nada
puede aplacar su dolor,
si D. Tomas que lo causa
no corre á calmarlo. Yo
se lo suplico. Vé, marcha, (*á Per.*)
dila que venga: y que pronto
será su dicha colmada.

ESCENA XI.

DICHOS *menos* PERICO.

Juana. Corazon, mucho te cuesta;
pero al fin, afortunada
será por mí esta infelice,
aunque padezca mil ansias.
D. Manuel. ¿Entiendes esto, Tomas?
D. Tomas. El inocente descansa
en su inocencia: un engaño
no puede turbar su alma,
y yo espero que muy pronto
quedarán desengañadas
estas señoras.
Da. Anselma. ¡Ay, hija!

Has cometido una falta
que yo sospecho, tan solo
por tu poca confianza.

ESCENA XII.

Dichos, Luisa y Perico.

D. Anselma. Luisa, ¿por qué querias
dejarnos tan breve? ¿pagas
así lo mucho, querida,
que te estimamos entrambas?
Luisa. Quise ahorrar en lo posible
el disgusto.
Da. Anselma. Te engañabas:
ibas tan solo á aumentarlo.
Escucha, hija: si se hallara
que Tomas fuese inocente
del crímen que se le tacha....
D. Tomas. Eso señora, tan solo
me toca á mí. Bella dama,
aclare vd. cierta duda
en que está solo fundada
la ventura de mi vida:
¿he tenido la desgracia
de haber ofendido á vd.?
Diga vd. una palabra,
una sola, y esta puede
volver la paz á mi alma.
Luisa. No entiendo á vd. ¿Qué me dice?
D. Manuel. Nada en resúmen: pues, nada.
¿Lo ves, prima queridita?
¿estás ya desengañada?
Luisa. ¿Pero qué es esto, señores?

Mi sorpresa es estremada:
¿vd. ofenderme? ¿cuándo?
¿de qué modo? ¿por qué causa?

Juana. Corrida estoy, D. Tomas,
Madre mia....

Da. Anselma. Bien lo pagas
en la misma confusion:
pero que sea esta alhaja
el iris de paz que calme
el rigor de esta borrasca.
Toma, Juana, tu retrato,
que, aunque D. Tomas me encarga
que solo para mí sea,
yo quiero que tú le hagas
volver á guardarlo.

Juana. Madre....

D. Tomas. Bien mio, mi dulce Juana,
Señora....

D. Manuel. Llámala esposa,
que yo sé que esto le agrada.
¿No es asi?

Juana. ¡Cuánto te debo!

D. Manuel. Victoria, que ya declara.

Da. Anselma. Si hija mia, yo consiento
en esta union.

Juana. Luisa amada,
creí que era D. Tomas
el jóven de quien me hablabas,
y por tu amistad perdia
el bien que mas anhelaba.

D. Tomas. ¡Dichoso quien tal escucha!
Esta es mi mano.

Perico. ¡Caramba!
El oficialito, ¿eh?

¿no lo dije que era alhaja?

ESCENA *última.*

DICHOS *y* ANTONIO.

D. Antonio. Señores, pues he escuchado
desde esta sala inmediata
cuanto mi amor satisface,
te ruego, Luisa amada,
olvides mis sinrazones.
A tus pies, prenda adorada,
juro tan solo vivir
para amarte.
Luisa. Antonio, basta;
aprobándolo mi madre,
tuya soy.
Perico. ¿Tú no te casas? *(A Manuel.)*
D. Manuel. Yo solo quiero la dicha
de los que amo, y me bastan
á mí los dulces alhagos
de mi libertad amada.
Ya no habrá orillas del rio.
D. Antonio. Habrá un abrazo, y las gracias
por la leccion que me dió.
D. Tomas. Y yo que te debo....
D. Manuel. Nada;
una amistad, eso sí,
que no puede ser mas franca,
mas espresiva; y acaso
hacer ver no son contrarias
la viveza y la dulzura
de un alma sensible y grata,
y aun presentar un ejemplo
en ti de que esa estremada

delicadeza pudiera
causar penas muy amargas;
pues rayaba en nimiedad
tu timidez hácia Juana;
y que amigo atolondrado
merece la confianza
si es un verdadero amigo:
es cuanto mi pecho ansiaba.

